

TV

nueva cultura

por la imagen

Por JOSÉ LUIS LORENZI S. J.

HAY un hecho curioso en nuestra época. Frente a la aparición de un fenómeno nuevo llamado Televisión, los apodados "hombres-cultos" se erizan agresivamente. El hecho se ha ido repitiendo de una u otra manera en todos los países que han dado cabida a la nueva técnica. En países superculturalizados —tal Francia, por ejemplo— la virulencia de los intelectuales se ha canalizado a través de debates prolongados desde la tribuna oral o escrita. Es lugar común ya en Francia, al escribir sobre Televisión, comenzar con este debate preliminar: "¿Una amenaza para la cultura?" Traducido a términos argentinos, la cosa puede sintetizarse en estadísticas: la proporción de televisores por manzana es mayor en el barrio sur que en el barrio norte. En Buenos Aires no se filosofa tanto pero ciertos sectores la resisten. Es de tono hablar mal de la Televisión, de su embrutecimiento, así como fue snob, en

la postguerra, hablar mal un francés de la música wagneriana. Otras napas ciudadanas —al dictaminar sobre lo que debería ser la Televisión— recurren a la palabra cultura.

Es el comodín de moda en las fuerzas representativas de nuestra intelectualidad. Por lo demás, bastaría echar un vistazo a las carpetas presentadas a licitación de los ya existentes canales o de los veintiséis por venir, para comprobar que la palabra cultura aparece en sus planes de programación como arma para convencer al gobierno a que concedan la licitación. Fue famosa la protesta de un conocido escritor contra el directivo de uno de nuestros canales porteños cuando éste se cansó del uso desmedido que aquél hacía de la palabra cultura. Gritó en el cielo y el dilema parece dibujarse fatalmente: o programas culturales impopulares o programas populares e incultos.

Nuestro objetivo, hoy, no es defender a la televisión porteña contra el snobismo de sus empedernidos enemigos. Tampoco atacarla. Si hemos partido de lo concreto es para situarnos de rondón en un fenómeno propio de nuestra época. Poco a poco y sin sentirlo, nos hemos visto zambullidos en un mar de imágenes que nos solicitan. Y hemos respondido inmediatamente devorando este nuevo alimento y quedándonos con más hambre. Hemos sido tocados por esa varita mágica y hemos descubierto que llevábamos atraso en esa hambre de imágenes. Pedimos más y más cada día, sin que se avizore un tope de satisfacción. Frente a otros inventos de nuestra técnica hemos sentido miedo: somos conscientes de ser pioneros en algo más a costa de un quemante dolor. Empero se ha producido una revolución de igual envergadura que el invento atómico —el nuevo mundo de las imágenes— y nos desenvolvemos dentro de él como un pez en el agua. No hemos advertido las revoluciones técnicas que esto suponía. Primero fue la perfección de la imagen impresa y su popularización a través de la nueva técnica de los grabados modernos. Unida a la

fotografía en negro y color ha producido un océano de color y forma al alcance de nuestros ojos y nuestras manos. Después no fue suficiente la imagen quieta; comenzó a moverse. Con titubeos al comienzo. Luego con la seguridad de quien aprende definitivamente a caminar. Incluso se vistió de color, agrandó su tamaño y provocó nuestro asombro. Pero no bastó eso: entró en nuestras casas como invitado familiar. Con sólo dar vuelta un botón se abre un ojo gigante hacia la realidad de la vida que se vive a distancia en ese preciso momento.

Y es aquí donde conviene pararse y reflexionar. Si injertáramos hoy y aquí a un hombre-siglo-19 o siglo-18 ¿llegaríamos a entendernos? Tal vez nosotros lo comprenderíamos a él porque nuestras propias imágenes nos han hecho revivir épocas pasadas. Pero él quizá no podría comprendernos del todo. El lenguaje sería diferente. ¿Hemos perdido algo? ¿Somos seres monstruosos embotados con imágenes? ¿Nos han llevado a la degeneración de la cultura? Esta es la tesis crucial que sustentan algunos de nuestros contemporáneos, los más cultos. ¿Qué valor tienen estas protestas? ¿Realmente es éste un siglo que la historia llamará ocaso de la cultura? ¿Entramos nuevamente en la barbarie? ¿Hay que barrer drástica y definitivamente estos inventos del diablo?

LA CULTURA Y SU TRANSMISION

Hemos de entendernos, antes que nada, sobre el sentido de esta palabra: "cultura". No hacerlo es condenarse al perpetuo equívoco y a la discusión interminable. En efecto: podemos distinguir cuidadosamente dos sentidos. Uno esencialmente *relativo* y otro *normativo*.

En su sentido *relativo* designaría las formas con que en cada época determinada se tipifica lo que se cree ser ideal en una plena evolución humana. Com-

porta elementos convencionales y caducos, otros raciales y temperamentales (permanentes en la medida en que no haya una modificación demográfica de fondo) y finalmente otros realmente humanos y permanentes. Esas formas se van decantando con la sucesión de generaciones y las contraposiciones de formas culturales que van manifestando lo que era convencional y no válido. Se hace progresivamente: factor necesario pues sólo en la experiencia llega el hombre a constituir lo que le es efectivamente valioso.

Hay otro sentido *normativo*. Desde este ángulo la cultura designaría un límite absoluto al cual tienden las formas culturales. No se puede analizar experimentalmente, pues su definición constituye más bien un problema antropológico. Su fundamentación dependería más bien de la definición metafísica que se dé del hombre. Todo esto idealmente porque en la práctica la experiencia es fundamental para analizar problemas y depurar conceptos. Pero, aunque más no sea parcialmente, la definición es un punto de referencia para juzgar de alguna manera lo valioso o no valioso de una forma cultural dada.

En efecto, preguntémosnos: el tipo que plasmó el renacimiento, el medioevo, el racionalismo ¿es de por sí el tope congelado de forma cultural a que debemos atenernos encarnizadamente? Nadie va a pretenderlo en sus mínimos detalles. Todos convenimos en dejar asentado que en esos tipos culturales hay elementos caducos imposibles de reproducir hoy, so pena de caer en el ridículo. Nadie pretenderá hoy vestir y hablar a lo rococó. Fácilmente acordamos un elemento caduco en esos tipos culturales. No obstante, hay un punto neurálgico, el lenguaje, que trasvasó lo imperecedero de esas formas culturales. ¿Es o no es tan imperecedera esa forma de transmisión ya clásica? Para plasmar un tipo-cultural que configure la forma propia de nuestra época ¿es sustancial atarse a una transmisión que condene a hacer el paso por lo abstracto? Nos estamos refirien-

do concretamente a una cosa muy simple, al jeroglífico escrito, base hasta aquí de toda forma cultural. Y si no se trata de algo caduco, ¿es tan esencialmente importante que no pueda ceder su hegemonía a otros modos de lenguaje tan valaderos como lo fueron ellos en otras épocas pasadas?

Todo está aquí. Tipo cultural forjado a través del lenguaje escrito y tipo cultural a través de la imagen, esa cenicienta intrusa, en boca de sus adversarios. Acotemos, no obstante, que no nos estamos refiriendo al lenguaje escrito como algo caduco. No creemos que un auténtico avance cultural como es la escritura pueda considerarse como forma envejecida condenada a morir. Más bien hablamos de oposición, en el sentido de una pérdida de hegemonía omnimoda. Pero ocurre que quienes señalan los maleficios de la imagen son aquellas personas cultas que se aferran a formas ya caducas de cultura, precisamente en lo que más tienen de caduco. El exceso de lenguaje escrito ha configurado un tipo de hombre culto que se aferra a lo abstracto y a lo espiritual descarnado. Hombre culto, en su opinión, sería aquel ser que accediera a una serie de conocimientos escanciados de un acervo pasado a través de toda una literatura impresa. Para ello es necesario el esfuerzo (punto clave en la cultura —según ellos) que elevaría al hombre, mediante el caudal abstracto, a una visión abstracta de la vida. Extremando las cosas, sería culto todo racionalista tipo-siglo-19 que ha viviseccionado lo espiritual, de su necesaria encarnación, incluso el lenguaje escrito. Tendríamos así el tipo congelado de hombre culto, encastillado en su abstracción y en su espíritu descarnado. Quienes piensan así hablan de acervos culturales del pasado. La imagen que ha invadido la vida avasalladoramente, es la destrucción de la cultura en todo sentido. Este nuevo lenguaje hace peligrar un tipo cultural x, retrotrae al individuo al mundo instintivo y hace perder todo sentido de espiritualidad.

Lo que ocurre en realidad, es que todo tránsito de una forma cultural a otra produce conmoción. La experiencia parecería demostrar lo nocivo de la forma nueva. Ilusión óptica. En realidad, lo que se constata es la inadecuación de una generación pasada —ensartada como cuña en la generación nueva— para vivir en esa forma nueva. Se sienten afectados, tanto más cuanto más enraizados han estado en un tipo de cultura destinado a perder su preponderancia.

VALOR CULTURAL DE LA IMAGEN

El problema obvio, por tanto, frente a un nuevo tipo de cultura por la imagen consiste en preguntarse qué valor tiene la imagen —como transmisión de una forma de cultura— en relación a la cultura tomada en su sentido normativo. ¿Eleva al hombre, lo acerca a un ideal humano más integral o por el contrario lo degrada? Tracemos primero un fresco para tratar de ver el puesto de la imagen como vehículo cultural.

Primero existió la palabra con la que el hombre expresaba sus experiencias de lo real, de eso real que él mismo experimentaba en contacto directo con las cosas. Más tarde, sintió necesidad de aumentar sus medios expresivos y recurrió al jeroglífico para comunicarse mejor. Las primeras escrituras que inventó el hombre, como era lógico, se asemejaban a las imágenes de las cosas que tenía a su alcance. El hombre vivía con imágenes; era obvio que las dibujara esquemáticamente. Sin embargo hasta que hizo su aparición la imprenta, la transmisión oral constituyó el canal consagrado de transmitir lo adquirido con la dura experiencia de siglos. La *Ilíada*, la Biblia entera, fueron grabadas primero en la memoria y reproducidos por la boca antes de escribirse en papiros. Fabulosa memoria que hoy deploramos haber perdido. Pero los lenguajes-rompecabezas hicieron su aparición y siglos más tarde la

imprenta revolucionó las cosas. La transmisión escrita se masificó cada vez más a medida que las técnicas fueron perfeccionando sus inventos. ¿Opinaría alguno que se perdió algo precioso con la imprenta? Posiblemente, en el momento de transición, no habrá dejado de existir un intelectual rezagado que deploraría la pérdida de la memoria y se insurdiría contra el nuevo invento del diablo que nos retrotraía a la época de las cavernas. Pero la máquina estaba echada a rodar ¿y quién la iba a parar? Un nuevo tipo de cultura nació y hoy estamos orgullosos de la imprenta y de sus constantes adelantos. Han puesto en manos de miles de personas —las que conocen este lenguaje-rompecabezas que usamos— el conocimiento del mundo.

Paralelamente ocurría un fenómeno curioso debido al retraso de la técnica. Grabar letras era cosa consabida. Pero no lo era tanto grabar imágenes. El decalaje lo notamos ahora volviendo la vista atrás. Pero ¿no se perdía algo capital para el ser humano? ¿Lo notaron nuestros antepasados? Lo cierto es que la técnica del grabado sólo adquirió una relativa profusión recién en el siglo 18 cuando el siglo de las luces produjo su Enciclopedia. "Una imagen para cada cosa" fue su consigna. Habían pasado casi cuatro siglos desde la nueva invención de la imprenta para que la imagen repusiera sus derechos. Y aun así, ¿qué pobres resultaban! Tímidamente el siglo 19 descubre la fotografía en 1822, pero ¿cuándo tendría el puesto que le correspondía? Fue necesario un siglo para valorizarla y ponerla en manos de todos, con todos los adelantos de la perfección en el grabado y en el color. Y luego el cine, y luego la televisión, que le han quitado la rigidez de su quietud y nos las presenta en su plena vivacidad y dentro de nuestro mismo hogar. Incluso ya se habla de cámaras de TV que retransmiten, en imágenes plenas de luz, objetos que en la realidad están a oscuras. Y mañana tendremos cámaras que accionen elec-

trónicamente instrumentos bélicos, apenas sus pantallas reproduzcan imágenes de enemigos bélicos. Et así de suite.

¿Qué había pasado con esta nueva advenediza, la imagen? ¿Nos habíamos olvidado de ella o nos la habían hecho olvidar? Si varios siglos de cultura libre y sequía de imágenes nos habían acostumbrado a pensar en términos racionalistas como culmen de toda cultura, no por eso podía pretenderse que detrás de eso venía el abismo y no quedaba más que la regresión. ¿Qué valor tiene, por ende, la imagen como vehículo de cultura?

Hay en todo hombre un hambre insaciable de imágenes. El hecho de haberle tocado a nuestro siglo la tarea de darle pasto es accidental dentro del fenómeno en sí. Hoy, simplemente, se ha despertado el hambre dormida hace tiempo. Pero en la misma naturaleza del hombre está inscrita la necesidad de consumir imágenes. ¿Por qué, hambre tan humana? Una sola respuesta: la imagen es portadora de realidad. Digamos mejor: encarna más espontáneamente y más conaturalmente la realidad intangible. Es más directa y más poderosa. Una realidad a la que hay que acceder a través de procedimientos abstractivos puede ser muy necesaria, pero gasta esfuerzo. Y trae el peligro de encastillar al hombre en una ilusión de realidad y espiritualidad. El hombre es un espíritu encarnado en algo que se ve, se mueve, se toca. Un ojo brillante por una lágrima que vemos rodar por la mejilla nos conmueve más directamente sin necesidad de pasar por una abstracción. En una palabra: la imagen es portadora de realidad con una fuerza que se ajusta exactamente a la necesidad de realidad viva y total que lleva el hombre en su ser más íntimo. Incluso su subconcierto registra fielmente una imagen que apenas si tuvo tiempo para ser apreciada por los ojos.

Esto es connatural a nuestro ser. Basta analizar esta intensa realidad para que aparezca. Pero si alguien nos siguiera en

este terreno, ¿cómo no mencionar siquiera el Misterio Cristiano para fundamentar el valor de la imagen? Dios no es puro espíritu. Quiso también ser Imagen tangible que nuestras manos pudieran tocar, nuestros ojos ver y nuestros oídos escuchar, como dice Juan en su primera carta. Aquél que habitaba en la inaccesible luz se hizo tangible e incluso, cuando recobró su cuerpo ya resucitado, no quiso ser considerado un fantasma o un espíritu: pidió de comer pescado en la orilla de un lago y en la mesa fraternal de sus amigos. Si El es cabeza de esta humanidad, el tipo en quien converge la humanidad entera, es por ser imagen viviente de un Dios a quien nadie hubiera visto, tocado u oído a no ser que se encarnara. Desde entonces el Misterio Cristiano tan sólo se deja atisbar cuando se lo encarna convenientemente. Cuando por ejemplo el arte cristiano —por un error de base— se folkloriza en sus representaciones o se dulcifica en expresiones híbridas de falso espiritualismo pierde inmediatamente su realidad actual. Perder la vivencia de la realidad corporal como expresión de un ser espiritual y dualizar en realidades yuxtapuestas imagen y espíritu, es condenarse a la ilusión de una realidad cristiana. El misterio cristiano ha de encarnarse siempre en formas actuales. No hacerlo así o, por un falso misticismo, desencarnarlo (o bien encarnarlo en formas ambiguas), es condenarlo a ocupar el lugar de un mito que se viene a sumar a los mitos antiguos. El hecho de que en Navidad se cante: hoy nació, hoy la noche se vistió de blanco, no es un sentimentalismo banal. Es la expresión de una necesidad intrínseca del misterio cristiano que necesita encarnarse hoy en la madre que sufre y que necesita expresarse con imágenes de hoy. El pesebre real de vacas y ovejas que introdujo Francisco de Asís en plena noche de Navidad a su iglesia causó un choque violento en sus oyentes. Hoy se ha convertido en lugar común y no nos causa sorpresa porque se lo ha

desactualizado. ¿Qué pasaría si en esa misma noche se trajera una real casa de villa miseria 1961? Tal vez atisbaríamos mejor —por un choque— la realidad del Misterio Cristiano.

Por un cabo u otro de la cuerda llegamos a la importante comprobación de que la imagen es un auténtico valor como vehículo de una civilización nueva que se forja. La hemos recuperado y con creces, puesto que su profusión ha marcado el tránsito a un nuevo tipo de cultura por la imagen. Y aquí debemos cerrar el interrogante planteado más arriba: siendo un valor-en-sí y con relación a la totalidad del hombre, es evidente que su rescate ha de constituir un acercamiento al ideal humano integral que se propone realizar toda cultura. Por lo menos debería serlo. Porque, efectivamente, como en toda cultura, el uso exacerbado produce un desencaje y mutila al hombre. Por ahora, ese hombre-siglo-20 se ha volcado inocentemente sobre la imagen. ¿Producirá automáticamente sus resultados?

El problema de la imagen, para ser el nuevo lenguaje de esta nueva forma cultural, es un problema de calidad. El poder de la imagen es fabuloso, como lo comprueban los psicólogos y los sociólogos. Incide poderosamente en los sentidos y los convence eficazmente. Pero toda imagen es ambivalente: puede deteriorarse, desvirtuarse y producir estragos en un psiquismo que debe readaptarse para absorber sin indigestión su indiscriminada profusión. Los responsables, los que detentan las máquinas de imágenes son los llamados a procurar esa calidad (estética, moral, técnica). Es su incumbencia y su deber. Los otros poderes (Estado, asociaciones privadas sobre todo) ejercerán el otro correctivo crítico con la prudencia impuesta por una sociedad que se eriza ante todo atisbo de conato inquisicional. Sólo así es probable que la imagen sea el vehículo de esta nueva forma cultural que estamos viendo nacer.

IMAGEN Y TV

Y ahora volvamos a la Televisión. Esta maravillosa máquina de imágenes que hemos invitado definitivamente a participar de nuestra cotidianeidad ha venido a traernos la promesa de un nuevo tipo de cultura accesible a todos. Por su idiosincracia peculiar, la televisión ha hecho o puede hacer el milagro de que el mundo mismo abra las riquezas que atesora. Hasta aquí podíamos decir que el hombre, para acceder al mundo del conocimiento, debía salir a buscarlo por sus propios medios. Ahora, por la magia de una pantalla casera, es el mismo modo el que golpea nuestras puertas diariamente. En el futuro, el problema que se planteará al hombre no será tanto el de ir en busca del conocimiento cuanto de ordenar la cantidad ingente de vida y de conocimientos que a diario recibirá en su casa.

Ese mundo que abre sus puertas se canalizará definitivamente a través de la imagen, cosa que le dará un arraigo vivencial muy poderoso dada la psicología propia de la imagen. Y si el hombre piensa en imágenes, el acceso a una forma cultural nueva, se convertirá en un patrimonio de todos. Este es justamente el punto a que queríamos llegar: la cultura popular. Para elevar la televisión a un nivel cultural, no se trata tanto de ofrecer programas "culturales". Es aquí donde la ambigüedad en los conceptos engendra errores prácticos. Hablar hoy de programa cultural es pensar en programas educativos de tipo escolar o en conciertos y recitales monótonos anticomerciales. Ciertamente, no puede descartarse la posibilidad de realizar con una auténtica estética televisiva este tipo de programas. Pero lo capital es aceptar, ante todo, que la misma televisión es cultural *por su naturaleza propia*. No necesita, por tanto, realizar consciente y expresamente, un programa "cultural" para con-

tribuir a la configuración de nuestra forma típica cultural. Hacer auténtica televisión con calidad de imagen —en todos los sentidos que hemos esbozado más arriba— es ya estar contribuyendo a esa tarea. Hacer un buen teatro popular televisivamente (cosa no tan fácil, por supuesto) es contribuir más por la cultura que televisar un mal concierto del mejor de los músicos.

Pero si esto es así, estamos muy cerca de una auténtica cultura popular. Suponer que la cultura del pueblo se ha de promover pretendiendo imponer ideas abstractas desde fuera y en un lenguaje todo lo directo que se quiera, es gastar inútiles esfuerzos. ¿Por qué? Porque, en el fondo es querer hacer un injerto híbrido de ideas abstractas con lenguaje pretendidamente popular. La verdadera cultura popular es aquella que sabe interpretar desde dentro las ansias, los anhelos del hombre cotidiano, encarnándolos en un lenguaje conatural que suscite hondas vivencias. La televisión tiene el privilegio de poder hablarle al hombre en un lenguaje vivo y directo, el de la imagen. Bastará que se preocupe por responder a esas ansias prodigando auténticas realidades y no ilusiones, para verificar sus promesas.

Un mundo que se abre y se vehiculiza en imágenes, al alcance de todos, y que promueve una forma cultural nueva: pero hay más todavía. Algo más converge sobre la televisión para asegurarle un feliz porvenir: su psicología propia. Es fácil confundir la psicología del espectador de cine con la del espectador de televisión. Error muy craso. Así como la estética de la televisión es diferente a la del cine, también lo es si consideramos a ambos espectadores. Largos estudios se han realizado estudiando esta peculiar situación. Bastará aquí recordar las conclusiones. Quien va al cine, entra en el espectáculo y se confunde con la masa. Participa de la emoción y de las reacciones colectivas. Es esencialmente pasi-

vo y necesita realizar un gran esfuerzo para evadirse y reflexionar. Por el contrario, en la esfera televisiva ocurren dos fenómenos distintos. Ante todo la televisión no habla a 500.000 personas a la vez sino a cada una en particular. Es clásico ya el principio estético básico para realizar buena televisión y que se ha condensado en el siguiente aforismo: "El espectáculo televisivo está destinado al más vasto de los públicos, pero ese público no es una masa de cinco millones de personas, es... cinco millones de veces cada persona". Es decir, en buena televisión se habla y se dialoga con un tú individual o concreto, invisible pero real, que se agita detrás de la luz roja de una cámara. Por su parte, el espectador no puede alienarse frente a una pantalla de televisión que ocupa un lugar más en el mobiliario de la casa. La luz de la habitación, el vaivén de la gente, el estar sentado cómodamente en su casa con bata y pantuflas, todo configura una psicología individual y no colectiva. Ese señor que veo en la pantalla me habla a mí, fulano de tal. Lo escucho si me interesa o me hace interesante lo que muestra y lo que dice. Si no, puedo criticarlo, apagar o cambiar de canal a gusto. De hecho este es un fenómeno que ha ocurrido con la televisión. La cantidad enorme de llamados telefónicos y cartas que se reciben criticando o alentando un programa, prueba que las facultades críticas se han mantenido despiertas en el espectador con una vivacidad que le es propia.

¿Qué concluir entonces? Que el noble objetivo de la televisión por promover una forma cultural nueva no tiene el peligro de masificar como el cine. Con un poco de calidad en la imagen total (imagen bella, imagen portadora de realidad y vida) realizará una contribución eficaz a la plasmación de ese nuevo tipo de hombre que buscamos.

El porvenir, decía un crítico francés de televisión, está en manos de quienes

no cenén por ahí... La vida moderna nos ha impuesto un ritmo veloz y apenas si tenemos un tiempo para la contemplación que enriquece el espíritu. Leer en esas condiciones nos resulta fatigoso y abrumador. Pero si entonces el obrero, el empleado o el industrial sentados en sus cómodos sillones, *at home*, prenden su televisor, no hay nada que se haya perdido. Lo libresco, sí, habrá perdido su hegemonía. Pero se habrá ganado. El

mundo se desplegará ante sus ojos como una promisoría flor, dialogará con él. Verá al instante los problemas de sus hermanos, los hombres de China o Japón. Compartirá sus alegrías. Se dejará invadir por la vida nueva, por la vida real que le habrá obsequiado ese mundo de las imágenes. Y con el esfuerzo mancomunado de todos, se estará gestando una nueva forma de vida, un nuevo tipo de cultura...

"ESTUDIOS", revista argentina de Cultura, Información y Documentación, fundada en 1911. — *Dirección, Redacción y Administración*: Callao Nº 542, Buenos Aires. T. E. 40-7997. — Registro de la Propiedad Intelectual Nº 521.289.

Puede suscribirse a la revista "ESTUDIOS" enviando cheque, giro postal o bancario, a la orden de Revista "Estudios".

TARIFA DE SUSCRIPCIONES

Suscripción anual (10 ediciones)	m\$ ⁿ .	250
Suscripción semestral (5 ediciones)	„	125
Suscripción especial de ayuda	„	500
Ejemplar del mes en curso	„	25
Número Extraordinario (Diciembre 1961)	„	80
Ejemplar atrasado del año	„	30
Ejemplar atrasado de años anteriores	a convenir	
Exterior: suscripción anual	u\$ ^s .	4.00

El Índice General de "Estudios" 1961, aparecerá en el próximo número de Enero-Febrero. Para quienes deseen integrarlo en la encuadernación de 1961, la Revista pone a su disposición separatas del mismo.